

dominado por el «afán de ser amado pese a cualquier conducta ofensiva» (16). Esto último explica, pues, su demanda de amor incondicional. En su conciencia, esta demanda adopta la fórmula siguiente: «Quiero ser amado por lo que soy y no por lo que hago.» La persona que ama al neurótico deberá, pues, amarlo con sacrificios, aceptará todas sus exigencias (que siempre son desmesuradas) y sufrirá su despiadada desconsideración.

María parece ser, como podemos notar por su facilidad para darle el perdón después de sus ofensas, el ser ideal en este aspecto para Castel. Pero no lo es, ya que la desconfianza de él es indomable. En vez de solucionar las dificultades, la tolerancia de ella las agrava. Por lo demás, para Castel no hay solución. Ni siquiera en una isla desierta se sentiría seguro, porque estaría celoso del pasado o —de no existir éste— de amores imaginarios, ya que su inseguridad lo conduce a creer que nadie podrá amarlo, que no es acreedor a tal dádiva del cielo.

Castel se ve rápidamente dominado, exacerbado, anulado por los celos. En un principio no puede fijarlos en hombre alguno. «Eran las personas desconocidas —explica—, las sombras que jamás mencionó y que sin embargo yo sentía moverse silenciosa y oscuramente en su vida» [85]. Pronto sus celos se localizan en un suicida, ex amante de María, un tal Roger. De él se trasladan a Allende, el marido ciego («debo confesar, nos explica sin que nadie se lo pregunte, que los ciegos no me gustan nada. ¡Cómo si a alguien pudieran "gustarle"!»), y que siento delante de ellos una impresión semejante a la que me producen ciertos animales, fríos, húmedos y silenciosos, como las víboras» [60].

Luego sus celos se concentran en Hunter, primo de Allende, en cuya estancia María encuentra alivio a sus conflictos. Con respecto a Rogers, desea saber si ella estuvo enamorada de él y qué era lo que la atraía; con relación a Allende, anhela que le diga si lo amó alguna vez, si lo ama todavía, si tiene relaciones físicas con él. La atormenta con las más íntimas y molestas preguntas, de cuyas respuestas saca conclusiones que lo desalientan más: «María confiesa tener relaciones con su esposo, pero sin desearlo; sin embargo, le demuestra deseo.» Todo esto lo deduce mediante sutiles razonamientos que su lógica dogmática considera irrefutables:

«Es evidente que si demostrases no sentir nada, no desearlo, si demostrases que la unión física es un sacrificio que haces en honor

---

(16) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 148.

a su cariño, a tu admiración por su espíritu superior, etc., Allende no volvería a acostarse jamás contigo. En otras palabras: el hecho de que sigas haciéndolo, demuestra que eres capaz de engañarlo no sólo acerca de tus sentimientos, sino hasta de tus sensaciones. Y que eres capaz de una imitación perfecta del placer» [90].

Esta última afirmación, naturalmente, la aplica Castel a su propio caso y se apoya aún más en la idea de que María le finge amor.

Todas estas escenas lo hacen sufrir horriblemente. Se sabe cruel. Se arrepiente aún antes de hablar («ya antes de decir esa frase estaba un poco arrepentido: debajo del que quería decirlo y experimentar una perversa satisfacción, un ser más puro y más tierno se disponía a tomar la iniciativa en cuanto la crueldad de la frase hiciese su efecto, y en cierto modo ya, silenciosamente, había tomado el partido de María antes de pronunciar esas palabras estúpidas e inútiles... De manera que, apenas comenzaron a salir de mis labios, ya ese ser de abajo las oía con estupor, como si a pesar de todo no hubiera creído en la posibilidad de que el otro las pronunciase. Y a medida que salieron, comenzó a tomar el mando de mi conciencia y de mi voluntad y casi llega su decisión a tiempo para impedir que la frase saliera completa. Apenas terminada, era totalmente dueño de mí y ya ordenaba pedir perdón, humillarme delante de María, reconocer mi torpeza y mi crueldad») [91]; pero no puede evitar que las palabras salgan de su boca. El mismo reconoce que hay en él una falla, algo que llama «maldita división de mi conciencia» y que explica con palabras que nos hacen concluir que en él se da la ambivalencia propia del esquizotímico:

«Mientras una parte me lleva a tomar una hermosa actitud, la otra denuncia el fraude, la hipocresía y la falsa generosidad; mientras una me lleva a insultar a un ser humano, la otra se conmueve de él y me acusa a mí mismo de lo que denuncio en los otros; mientras una me hace ver la belleza del mundo, la otra me señala su fealdad y la ridiculez de todo sentimiento de felicidad» [92].

Su propia manera de reaccionar y sentir ha conducido a Castel, como a todo neurótico, a un terrible círculo vicioso producido por las múltiples consecuencias de la necesidad de cariño: «angustia; exagerada necesidad de cariño, incluyendo demandas de amor incondicional y exclusivo; sentimiento de ser despreciado si tales demandas no se cumplen; reacción de hostilidad intensa frente al rechazo; necesidad de reprimir la hostilidad ante el temor de perder el afecto; tensión

debida a la rabia difusa; angustia exacerbada; necesidad aumentada de recuperar la seguridad y así sucesivamente. De este modo, los propios medios utilizados para escudarse de la angustia crean, a su vez, nueva angustia y nueva hostilidad» (17).

La angustia neurótica de Castel y su temperamento cerebrotónico lo conducen al constante insomnio y lo inclinan al suicidio. Pero su eterna manía lógica lo hace convencerse de que la muerte no es una solución, pese al atractivo innegable que tiene para él («La muerte —dice— no sólo es soportable, sino hasta reconfortable»):

«El agua sucia, abajo, me tentaba constantemente: ¿para qué sufrir? El suicidio seduce por su facilidad de aniquilación: en un segundo, todo ese absurdo universo se derrumba como un gigantesco simulacro, como si la solidez de sus rascacielos, de sus acorazados, de sus tanques, de sus prisiones, no fuera más que una fantasmagoría, sin más solidez que los rascacielos, acorazados, tanques y prisiones de una pesadilla.»

«La vida aparece a la luz de este razonamiento como una larga pesadilla, de la que sin embargo uno puede liberarse con la muerte, que sería, así, una especie de despertar. Pero, ¿despertar a qué? Esa irresolución de arrojarse a la nada absoluta me ha detenido en todos los proyectos de suicidio. A pesar de todo, el hombre tiene tanto apego a lo que existe que prefiere finalmente soportar su imperfección y el dolor que causa su fealdad antes que aniquilar la fantasmagoría con un acto de propia voluntad. Y suele resultar también que cuando hemos llegado a ese borde de la desesperación que precede al suicidio, por haber agotado el inventario de todo lo que es malo y haber llegado al punto en que el mal es insuperable, cualquier elemento bueno, por pequeño que sea, adquiere un desproporcionado valor, termina por hacerse decisivo y nos aferramos a él como nos agarraríamos desesperadamente de cualquier hierba ante el peligro de rodar en un abismo» [95].

El neurótico, en su desesperación por lograr cariño, utiliza varios medios para hacer que se le quiera: el soborno («Tienes que quererme por lo que he hecho por ti»); el llamado a la caridad («Debes amarme, pues sufro y estoy indefenso»); la invocación a la justicia («He hecho algo por ti. ¿Qué harás tú por mí?») y las amenazas («Si no me quieres, tomaré una resolución desesperada»). De todos estos procedimientos, Castel, cuando siente que María se le está alejando dema-

---

(17) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 157.

siado, recurre a una mezcla del segundo y el cuarto, es decir, del llamado a la piedad y a las amenazas. María, después de una de las terribles escenas que Castel le hace diariamente, deseosa de soledad y tranquilidad, se marcha a la estancia de Hunter. Castel no atina más que a encerrarse en su casa y a permanecer echado en la cama, sin valor para mover un dedo. El cerebrotónico, frente a la congoja, desea hallarse a solas y pensar, pensar, pensar... Por fin decide escribirle y, como es tradicional en él después de sus arranques, le pide perdón en varias cartas que ella no responde. En una, aunque con vergüenza, pues se da cuenta de que el arma elegida no es de las más dignas, le relata cómo la noche que siguió a la última entrevista, sintiéndose desesperadamente solo, se emborrachó con una prostituta y luego, asqueado de ella y de los marineros que lo acompañaban, huyó hasta los muelles, tentado con violencia por el afán de terminar con su vida. De allí, impulsado por una fuerza desconocida, se dirigió a la casa de ella y se encontró de pronto observando el quinto piso, donde María dormía. Permaneció largo rato en esa actitud y en seguida, sin pensar qué diría para justificar un llamado a medianoche, marcó el número de su teléfono. Cuando lo atendieron, asustado, colgó el tubo y salió. Caminó durante horas, al azar, deteniéndose acá y allá a beber. Finalmente, regresó a su taller, donde se durmió vestido y tuvo un sueño horrible, que lo hizo despertar gritando, parado en medio de la habitación, bañado en sudor frío.

Todo este relato, en el que confiesa no haber escatimado detalle ni bajeza, pretende provocar la piedad de María. Y lo consigue, pues ella le responde, a vuelta de correo, con una carta llena de ternura, invitándolo a verla en la estancia.

Sin esperar un segundo, Castel prepara su valija y vuela a la estación, hacia la estancia de Hunter. Al detenerse el tren, lo irrita el hecho de no encontrar a María esperándolo y, en su lugar, a un chófer, quien lo informa de que la ausencia de su amada se ha debido a una indisposición. Castel no cree y piensa que es un subterfugio de la muchacha. Lo acometen violentos deseos de regresar a Buenos Aires, pero teme que el chófer lo tome por loco y lo sigue hasta la casa. Allí lo recibe Hunter, con una «cortesía irónica». Castel lo mira y lo califica de inmediato: «Este hombre es un abúlico y un hipócrita», se dice. Junto a él aparece «una mujer flaca que fumaba con una boquilla larguísima. Tenía un acento parisiense, se llamaba Mimí Allende, era malvada y miope» [102]. (La mayor parte de los cerebrotónicos tiende al capricho emocional y de ahí deriva su facilidad para las simpatías y las antipatías rápidas indominables y, muchas veces, sin fundamentos.)